

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— VII —

SOFFIA JOSE ANTONIO. (1843-1886) y RIVAS GROOT JOSE. (1843-1923). *Víctor Hugo en América*. Versiones de ingenios americanos. Bogotá, 1889. Casa editorial de M. Rivas & Cía. C. 511 Págs. 14 x 21.

La influencia de Víctor Hugo sobre los poetas y literatos de Hispanoamérica en el siglo XIX fue inmensa. Muy difícil sería encontrar, entre aquellos, alguno que no le debiera algo, o que no hubiese alguna vez rendido pleito homenaje al genio francés a quien Rubén Darío apellidó "Emperador de la barba florida". Aun escritores ortodoxos y timoratos, que abominaban de las ideas políticas del autor de *Los Miserables* y de *Nuestra Señora de París*, se rindieron al embrujo incontrastable de su poesía, al brillo de sus grandiosas imágenes, a la seducción de la música orquestal de sus estrofas, al calculado efecto de sus antítesis desconcertantes, a la simpatía avasalladora, en fin, de los temas predilectos de una musa de Hugo. Sus libros, multiplicados en incontables ediciones, en las lenguas cultas del orbe, circulaban de mano en mano. Pero entre las élites letradas de las grandes y pequeñas ciudades de Ibero-América, era de buen tono leer al autor de *La Légende des Siècles*, en su idioma oriental, comentarlo y traducirlo, prodigándole, por añadidura, el homenaje de la imitación.

En la capital colombiana del último cuarto del siglo XIX, cuando el fervor romántico encontraba aún eco en el espíritu de muchas gentes, el culto literario de Víctor Hugo halló fervorosos prosélitos. D. José Antonio Soffia y D. José Rivas Groot, entre otros.

Soffia fue un notable poeta y brillante diplomático chileno, acreditado como plenipotenciario de su país en Colombia. Había nacido en Valparaíso, en 1843, y ocupado en Santiago la Dirección de la Biblioteca Nacional, antes de vijar a Bogotá. Fue, entre nosotros, un animador permanente de toda empresa de cultura, y se encontró a sus anchas en aquella ciudad, que era por entonces la más culta de América, como lo reconocieron extranjeros ilustres de la importancia de Miguel Cané, el argentino, y del ecuatoriano Montalvo.

Rivas Groot, nacido en el seno de un hogar en el que la tradición literaria venía desde los abuelos, fue un exquisito poeta, que brilló por

la limpidez de su inspiración, por la elegancia de su estilo, por el supremo decoro artístico de su lenguaje, así en prosa como en verso. Sus composiciones poéticas no son numerosas, pero las que publicó bastan para inmortalizar su nombre.

Soffia y Rivas Groot, a poco de haber llegado aquel a Bogotá, emprendieron en la tarea de recopilar traducciones de Víctor Hugo, hechas por diversos poetas americanos. Como resultado de su empresa lograron coleccionar 114 versiones que del romántico francés habían realizado bardos colombianos y venezolanos, peruanos y chilenos, y de otras nacionalidades, inclusive de la española, representada en la antología por el famoso poeta original y traductor, D. Teodoro Llorente, que habría de ser universalmente conocido, en el mundo de habla castellana, como una especie de traductor oficial de Heine.

El libro de Soffia y Rivas Groot lleva un estudio preliminar, de 100 páginas, en el que nuestro compatriota analizó, con su peculiar agudeza y buen gusto, y en estilo de oro, la obra del poeta francés, su importancia y su influencia. Solo que este estudio preliminar ostenta un sostenido tono apologético, que demuestra a la legua cuán incontrastable fue el influjo que logró ejercer Hugo en sus admiradores del Nuevo Mundo.

Muestra de la valoración ética y estética de Rivas Groot respecto de Hugo, son estos apartes del citado *Estudio Preliminar* que exorna en ya raro libro que nos ocupa:

“...Víctor Hugo aparece en sus cantos como un pensador austero, como un corazón honrado. Quien penetre en su santuario poético, quien vea en estudio lento el tono sincero con que el hombre se expresa, sinceridad indispensable en poesía; quien escuche aquel énfasis, aquella fuerza y elocuencia robusta peculiares de Hugo, no puede menos de ver que éste, errado o no en la idea, era un espíritu recto en los sentimientos. Acéptense, no se acepten sus teorías; rechácense, no se rechacen sus ideas, ello es que en cualquier estrofa de nuestro poeta se siente que él estaba íntimamente convencido de que tales ideas eran para el bien de los hombres, para el perfeccionamiento de los espíritus y que ellas llevaban a las almas hacia las esferas del Eterno...”.

Respecto de la apreciación del artista en la ejecución de su obra, Rivas Groot hace de Hugo estas consideraciones, tan exactas como aleccionadoras, y tan oportunas entonces como hoy:

“...Víctor Hugo es el artista más esmerado en su trabajo. En sus poesías, ni estrofa descuidada ni verso insonoro; que pulía, retocaba, deshacía, rehacía cada estrofa, cada verso, cada hemistiquio, hasta que todo ello salía del yunque pulido, sonoro, intachable. El poderoso jefe de la revolución literaria, el indomable lidiador en pro de la libertad artística, es al par el más sumiso acatador de las positivas leyes métricas, el más esmerado artista de la forma. Sirva él como viva lección para aquellos que desean la incorrección de la forma como medio de darle libertad al espíritu. Rompía Hugo los lazos con que preceptistas caprichosos querían atarle; mas respetaba las leyes que presenta la naturaleza de las cosas. Apartaba las reglas convencionales; aceptaba, escrutaba con ahinco las

leyes universales. Sabía, en fin, que todo está sujeto a ritmo: hasta el corazón en el seno del hombre, hasta el astro en el seno del firmamento...".

El prologuista de la antología hugueana en castellano, no escatima elogios para su ídolo, aun a riesgo de parecer exagerado en su entusiasmo: "...entre tantos puntos notables en Víctor Hugo —dice—, el principal es el de ser original en todo y por todo; lo que concibió Víctor Hugo nadie lo había concebido enantes, y nadie había dicho las cosas como llegó él a expresarlas. Su originalidad, su poder innovador a todo se extiende: originalidad en los metros, con lo cual enriqueció el lenguaje francés; originalidad en la franqueza de la frase; originalidad en las imágenes, que ostentan permanente frescura; reforma y regeneración en los géneros poéticos; novedad en los asuntos comprendidos en tales géneros, y por último, revolución en las escuelas literarias...".

Por lo que hace a la oportunidad y conveniencia de traducir al poeta francés al castellano, así se escandalizasen los fariseos y los timoratos, Rivas Groot exhibe una serie de convincentes argumentos a favor de ese propósito, para concluir afirmando que "Víctor Hugo al estar en castellano está entre los suyos y en su propia lengua...". Y añade: "Venga, pues, venga Víctor Hugo en castellano, porque tenemos todos una deuda que la hidalguía española no niega. Venga, además, porque ya nos fue provechoso, y porque en el presente y en el futuro ha de sernos benéfico...".

Para Rivas Groot, la divulgación de la poesía de Hugo en castellano convenía no solo para gloria del poeta y deleite de los lectores, sino como estímulo determinante de una reforma en los asuntos y en los géneros de las letras de América: "Preciso es que la robusta inspiración de nuestro poeta —dice— arrastre, como huracán benéfico, tantos miasmas literarios como abundan...".

Soffia no alcanzó a ver publicado el libro que ayudó a formar, en honor de Hugo, pues murió tres años antes de su aparición. Rivas Groot, en nombre del literato chileno, y en el suyo, agradece en el *Estudio Preliminar* la colaboración de los poetas españoles e hispano-americanos que concurrieron al buen suceso de la obra, y se refiere especialmente a D. Miguel Antonio Caro, de quien dice que "no solo nos honró con varias traducciones suyas inéditas..., sino que también, por medio de su erudición y de su criterio, tan vasta la una, tan riguroso el otro, fue servido coadyuvar al acopio y escogimiento de muchas materiales de *Víctor Hugo en América...*".

La influencia del riguroso criterio del señor Caro, al que aludió expresamente Rivas Groot, en esta selección de traducciones de Hugo, explica, sin más averiguaciones, la ausencia en ella de muchas poesías características del genio francés, no solo porque son la expresión más fiel de su ideología, sino porque dan la medida de su arte excelso, por ejemplo, recordando al azar: *A des journalistes de robe courte, Un autre, Pauline Roland*, de *Les Chatiments*; *Fonction du Poete*, de *Les Rayons et les Ombres*; *Dicté après juillet 1830*, de *Les Chants du Crépuscule*; *Oh! vivons! disent-ils...*, y *A un riche*, de *Les Voix Intérieures*; *Dédain y Amis, un dernier mot!*, de *Les Feuilles d'Automne*; *Réponse a un acte*

d'accusation y la bellísima *Veille chanson du jeune temps*, de *Les Contemplations*; *L'épopée du ver*, *Sultan Mourad* y *Le régiment du Baron Mardruccen*, de *La Légende des Siècles*; *Chant sur le berceau*, *Le Syllabus* y *A propos de la loi dite liberté de l'enseignement*, de *L'Art d'être Grand-Père*; *L'évêque qui m'appelle athée* y *Philosophie des sacres et couronnements*, de *L'Année Terrible*; *Senior est junior*, *Post-escriptum des rêves* y *Gare!*, de *Les Chansons des Rues et des Bois*, etc.

De las 114 composiciones que forman este volumen, 47 pertenecen a traductores colombianos, 17 a venezolanos, 6 a chilenos, 4 a preuanos, 3 a mexicanos, y el resto a españoles y a americanos de otras nacionalidades.

Aquí figuran, además de Soffia y de Rivas Groot, el peruano Felipe Pardo, el mexicano Manuel M. Flórez, los venezolanos Bello y Calcaño, y, entre los colombianos, Marroquín, Caro, Enrique Alvarez, Fidel Cano, Nicolás Pinzón W., Gregorio Gutiérrez González, Rafael Núñez, Ernesto León Gómez, Antonio Gómez Restrepo, Ismael Enrique Arciniegas, Rafael Tamayo, Mercedes Alvarez de Flórez, Diego Uribe, Carlos Arturo Torres, Julio Añez y Rafael Pombo. Y el poeta original, y versadísimo traductor español, Teodoro Llorente.

Tal vez la más popular de las poesías de Hugo en la América del siglo XIX fue *La oración por todos*, a través de la interpretación de D. Andrés Bello. Solo que, en realidad de verdad, no se trata de una verdadera traducción, sino de una imitación de la obra del poeta francés, como lo confesó el propio Bello y como lo demostró, en nuestros días, Enrique Uribe White, en un magistral estudio acerca de las traducciones que de ese poema hicieran D. Andrés y D. Fidel Cano. Y como lo comprobó, en 1912, el traductor antioqueño, en la Advertencia o Introducción que puso al texto castellano de aquel poema, reproducido en el número 11 de *Lecturas Populares*, de Bogotá, luego, en el número 45 de la más hermosa revista que se ha editado hasta ahora en Colombia, *Hojas de Cultura Popular*, que dirigió Jorge Luis Arango.

La versión de Bello, pues, publicada en *Victor Hugo en América*, es la menos fiel de cuantas se han hecho en castellano. Y, por el aspecto de la fidelidad, la aventajan todas cuantas posteriormente se han publicado, la de Fidel Cano, desde luego; la que hizo en París, en 1922, el venezolano Salustiano González-Rincones, la de Uribe White, y hasta el traslado literal de Angel Raúl Villasana. Por lo que tuvo harta razón F. Paz Castillo, en la Introducción al tomo I de la edición caraqueña de las *Obras Completas* de Bello, al reputar *La Oración por Todos*, que figura en *Victor Hugo en América*, como obra de Bello, no de Hugo, cuando escribe: "¡Cuánta grandeza, por ejemplo, encierran los versos de *La Oración por Todos* en los que Bello derrama en estrofas pulquérrimas su amor a apretada intimidad por los seres humildes!... Y, más adelante: "*La Oración por Todos* es el poema que refleja, limpia como un cristal, el alma de Bello...". ¡Claro! La de Bello, sí; no la de Víctor Hugo. Porque ni en este poema, ni en *Moisés salvado de las aguas*, ni en *Los ducndes*, ni en *Los fantasmas*, ni en *A Olimpio*, que figuran en el libro de Soffia y Rivas Groot como traducciones de Victor Hugo, Bello tradujo, sino simplemente imitó, tomando de los originales unas cuantas ideas, para desarrollarlas a su modo, omi-

tiendo cuanto le vino en gana, y rellenando lo que le pareció conveniente con versos de su propia cosecha. Bello siempre reputó estos poemas como meras "imitaciones de Víctor Hugo", y respecto de alguno de ellos, de *Los Ducentes*, fue más explícito, cuando advirtió: "La idea general, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del original. La composición francesa se titula *Les Lutins...*" (*Obras Completas*, cit. I-229). Exactamente lo mismo había hecho con el resto de sus interpretaciones de poesías extranjeras.

Descartando unas pocas versiones de este florilegio, que han sobrevivido al transcurso de ochenta años —las de Marroquín, de Fidel Cano, de Arciniegas, de Pombo, de Carlos Arturo Torres— para solo hablar de traductores americanos, las restantes solo conservan el valor de un testimonio arqueológico en la historia de nuestra literatura.

Pero queda también de este libro —hoy rareza bibliográfica— como valor perenne de nuestras letras, el soberbio Prólogo en el que Rivas Groot, en el estilo de oro que le era peculiar exaltó las excelencias del genio francés del siglo XIX y puso de presente su grande influencia en la América Hispana.

